ALBERTO LEDUC



PARA MI MAMÁ EN EL CIELO

(CUENTOS DE NAVIDAD)

MÉXICO

MDCCCXCV

ALBERTO LEDUC

PARA

MAMÁ EN EL CIELO

(CUENTOS DE NAVIDAD)

MÉXICO

Oficina tipográfica de "El Nacional".

1895

PARA MAMA EN EL CIELO

PARA AMALIA L.

La niña se llamaba María de los Dolores, y su hermanito, dos años mayor que ella, Gustavo; pero en su particular lenguaje se llamaban ella Lita y él Tato.

Junto á la reja del jardín había un buzón y ambos hermanos, Lita y Tato, veían con frecuencia que sus padres echaban en la caja aquella las cartas para amigos ausentes.

⁂

Una semana se pasó sin que los niños viesen á la madre, una semana en que noche á noche



preguntaban á la *nana* por qué mamá no venía á decirles "adiós," á santiguarlos y á cubrirlos bien con los ponchos de sus camitas.

Durante el día, *nana* los alejaba de la alcoba de mamá, y cuando ellos preguntaban por qué, *nana* contestaba que porque mamá estaba enferma y necesitaba silencio y reposo.

Papá se había tornado indiferente con ellos; entraba, salía, volvía á entrar, se paseaba agitado en su despacho, y tan pronto tomaba á ambos niños y los besaba locamente, como los alejaba de él.

—¿Qué tiene papá? se preguntaban á media voz Lita y Tato, cuando acercándose de puntillas á mirar á través las hendiduras de la puerta de su despacho, le veían ya pasearse con agitación ó sentarse con la cara escondida entre las manos como si llorase.

Otra semana más y mamá no se dejaba ver ni las agitaciones de papá se calmaban.

Por las tardes, el calor sofocante aletargaba á Lita y á Tato, y ambos abrazados se dormían sobre la alfombra del salón, rodeados de muñecos despintados, de cuerdas, aros y mutilados polichinelas.

Despertaban cuando el crepúsculo rojo del estío incendiaba el occidente, subían á la azo-

tea y se quedaban aterrados contemplando (hasta que *nana* les llamaba) cómo ardía el cielo y cómo llegaban las sombras.

—¡Lita! ¡Tato! ¡A cenar y acostarse!

¿Qué pasaba en casa? se preguntaban con frecuencia.

—¿Por qué no vemos á mamá?

Todas las mañanas llegaba un señor alto, flaco, pálido, con inculta melena que le caía sobre la solapa de la levita larga, y sólo ese señor, papá y *nana* podían ver á mamá.

Cuando el señor alto salía, se quedaba largo rato hablando con papá.

Lita y Tato le observaban y veían que papá parecía interrogar ansiosamente y el señor alto movía la cabeza, encogía con lentitud los hombros y, por último, estrechaba con la mano derecha la diestra de papá y con la izquierda le acariciaba la espalda.

Después, papá se encerraba en su despacho y se paseaba agitado ó hundía su rostro entrambas manos como si llorase.

Ambos niños querían llorar algunas noches porque mamá no venía á decirles "hasta mañana"; pero cuando *nana* veía que estiraban las mejillas y que les temblaban las gotas de llanto en las pestañas, les decía severamente que

no llorasen y les amenazaba con llevarlos hasta la última pieza de la casa.

Cuando *nana* los amenazaba, cerraban los ojos como si estuviesen dormidos ya; pero luego que salía, sentábanse en sus camitas y se ponían á conferenciar.

Tato que, como se sabe, tenía dos años más que Lita, proponía levantarse y entrar furtivamente á la alcoba de mamá para contarle las amenazas de *nana* y preguntarle por qué no los dejaban hablarle.

Con los pies desnudos y á medio vestir, se dirigían hasta la puerta de la alcoba de mamá, la entreabrían lentamente y no osaban entrar porque siempre había alguien junto al lecho de mamá; algunas veces era papá, otras era *nana* ó una señora enjuta, seca y desconocida que venía sólo por las noches.

Tato y Lita, temblorosos, se detenían á mirar la semi-obscuridad de la alcoba y á la penumbrosa luz de la veladora azul, veían la mesita de noche cargada de frascos y el cuerpo de mamá perdido entre la inmensa sobrecama de vicuña que cubría el lecho.

Tato, una noche, después de mirar fijamente á mamá, dijo á su hermana:

—¡Lita! ¡Lita! No tiene pelo mamá, ya le cortaron los cabellos.

Otra noche, los pobrecillos huyeron aterrados porque mamá, que parecía dormir muy reposadamente, se irguió de súbito y se puso á gritar:

—¡Que se lleven á esas garzas! Por Dios, *nana*, ¡no dejes entrar garzas aquí! ¡Jesús, cuánta garza! ¡María Santísima, están ardiendo y me quieren picar!

Tato y Lita huyeron á su alcoba, y en silencio (para que *nana* no los oyera) lloraron abrazados.

—Mamá nos vió, dijo Tato, y creyó que éramos garzas.

Y desde aquella noche no volvieron á intentar asomarse por el intersticio de la puerta.

*
* *

Había venido el cura de la parroquia, y regaron flores desde los umbrales de la casa.

Algunos vecinos, *nana* y la señora enjuta que sólo venía por las noches, tenían cirios encendidos, formaron una valla para que pasara el cura, y sólo éste, un monaguillo y *nana* entraron á la alcoba de mamá.

Cuando el cura y los vecinos se fueron, Tato preguntó á *nana*:

—¿Por qué vino el padre, *nana*? ¿por qué regaron con flores?

Y *nana* imprudente contestó:

—Porque mamá se va al cielo.

Tato corrió á buscar á Lita, para decirle lo que decía *nana*, y ambos fueron al despacho de papá. Allí estaba papá con la cara escondida entrambas manos; los niños agotando su audacia, empujaron la puerta, llegaron hasta él, y en coro preguntaron:

—Papá, papá, ¿por qué se va mamá? ¿á dónde se va sin nosotros?

Papá en el paroxismo de su dolor, sentó á sus hijos en sus rodillas y sin contener sus lloros murmuró:

—¡Sí! mamá se va..... ¿á dónde? á un país negro, obscuro, á un país de tinieblas, de donde no se vuelve nunca....

—¡Ay, qué miedo! gritaron los niños.

Papá estrechó á sus hijos contra el pecho y los tres se pusieron á llorar casi á gritos, formandó un grúpo compacto con sus cabezas y sus brazos.

—¡A acostarse, niños! gritó la voz de *nana*.

—Sí, agregó papá, á acostarse, y rechazó dulcemente á Tato y Lita.

—¡Nana! dijeron los niños sollozando cuando

estuvieron en su infantil alcoba; papá dice que mamá se va á un país negro, de donde no volverá nunca.

—Papá dice eso, prosiguió *nana* imprudente, porque no cree en el cielo, pero mamá se va al cielo.... y muy pronto, agregó á media voz.

Algunas horas después Tato despertó asustado, porque había visto que un polichinela sin brazos y las garzas iban tras de mamá en un camino muy árido, muy largo; en cambio Lita se sonreía dormida, porque estaba mirando á mamá entre nubes de luz rodeada de ángeles.

Luego se restableció la calma en el espíritu de Tato y apenas escuchó entre sueños las voces agitadas, y los agitados pasos de *nana*, papá, la señora enjuta y los demás criados.

*
* *

Se filtraron por las cortinas y por los intersticios de las ventanas, pálidas placas largas de luz, que como angostas hojas de espada se posaron en el pavimento, en los muros y en el techo.

Los niños fatigados durmieron hasta muy entrado el día. Papá, demacrado, entró á la infantil alcoba de sus hijos y cerró bien todas las puertas para que no los despertase la luz.

¡Oh! cuánto hubiera dado él por poder dor-

mir también; pero dormir enteramente, no despertar jamás, dormir como dormía mamá.

Cuando los niños despertaron ya era cerca de medio día, llamaron á *nana*, y *nana* los acarició mucho, los besó repetidas veces, les dijo pobrecitos y los vistió con ropas negras.

Por la tarde, papá se encerró para no recibir á muchas gentes que querían hablarle, y mientras *nana* se descuidó un poco, Lita y Tato fueron hasta la alcoba de mamá.

Estaban abiertos de par en par los dos balcones, desde donde se veía arder el cielo occidental; mamá vestida de negro y con las manos cruzadas, estaba dormida sobre su lecho, al pie de éste había una gran vasija con agua, que despedía fuerte olor de farmacia, y á ambos lados muchas flores y dos grandes cirios, cuyos reflejos unidos á la luz rojiza del sol agonizante, iluminaban trágicamente el rostro transparente de mamá dormida.

¡Nadie había en la alcoba, nadie! Los niños se acercaron de puntillas, besaron la frente de mamá y al verla sin cabellos se les empaparon los ojos.

Luego, como si hubieran cometido un crimen se alejaron de prisa temiendo despertarla; y mamá se quedó sola, sin más compañía que las

nubecillas de humo de cirios que flotaban suspendidos en el aire de la alcoba, mezclados con el aroma de las flores y el olor acre de farmacia que despedía la vasija colocada al pie del lecho.

***

Al día siguiente mamá había partido ya para no volver nunca; y como Lita y Tato oyeron decir que era preciso abandonar aquella casa, el niño llamó aparte á su hermana y la dijo: que era necesario escribir una carta á mamá para que si volvía [pues él sí esperaba que volviera] no viniese más á aquella casa, sino á la nueva, cuyas señas le escribirían.

Ambos estuvieron acordes en dirigir la carta al cielo, la echarían al buzón; y el cartero, que probablemente conocía todos los países, sabría por qué tren mandaba su carta. Tato manifestó que papá había dicho que mamá se iba á un país negro, pero Lita le convenció de que aquello no debía ser cierto, pues á mamá no le gustaba nada negro.

Acordes ya en que mamá se encontraba en el cielo y no en el país negro, Tato escribió la carta con grandes caracteres, desiguales é informes.

"Mamá, decía la misiva infantil, papá está

muy triste, y Lita y yo además de tristes, enojados contigo porque te fuiste al cielo sin decirnos adiós.

Si no has de volver escribe pronto, pues ya vamos á dejar esta casa."

Firmaron los dos niños y metieron su carta en un sobre, que rotularon así:

"Para mamá en el cielo."

Después arrastraron una silla hasta la reja del jardín, y Tato tuvo aún que ponerse de puntillas sobre el asiento para alcanzar la hendidura del buzón.

Cuando escucharon el ruido seco del papel que caía en el fondo de la caja postal, se alejaron arrastrando su silla.

Y esa noche durmieron tranquilos, esperando que al otro día por la tarde, el cartero había de traer sin falta contestación del cielo, de aquel país azul donde mamá se hallaba.

MIMI

A TERESA LOZANO.

En Diciembre de 84 aún carenaba el "Independencia" en Ocean Dry-Dock; y yo, junto con otros grumetes, me paseaba una Nochebuena por las calles de Nueva Orleans.

Estaba muy avanzada la noche y hacía frío; me había despedido de todos mis compañeros, y solo, taciturno, pensando en seres que quizá á esa hora bailaban ú oían Misa del Gallo, me alejé del centro de la ciudad, buscando un café cantante de tercer orden en donde calentar mi estómago con un punch y mis miembros junto á una chimenea, cuando en el recodo de una callejuela adyacente á Royal Street, me encontré con Mimí y con su negro acompañante.

Mimí tenía los ojos claros, las pestañas riza-

das, el talle fino y quince años de arrastrar sobre la tierra de la Luisiana su existencia de bohemia, de miserable mendiga cantadora.

Toby era un negrillo con más perfiles de macaco que de hombre; Toby hacía girar la manivela de un organillo cuando Mimí cantaba.

A través de mis nocturnas correrías había yo trabado relaciones con la mendiga, y muchas horas me pasé, largas y tristemente halagadoras, escuchándola cantar mientras Toby movía sus rojizos labios, enseñaba su blanquísima dentadura y hacía girar la manivela del organillo.

Pero siempre me había encontrado con Mimí y con Toby en tabernas, en cafés cantantes y en plazas públicas; nunca había podido conocer su habitación, que yo adivinaba miserable y triste.

Hacía gran frío, mucho frío, aquella noche de Diciembre que yo encontré á Mimí en una callejuela adyacente á Royal Street; sus carnes blancas temblaban bajo los harapos de la mendiga y apresuró el paso seguida de Toby, sin advertir que yo la observaba y la seguía.

Muy pronto adiviné que el negrillo y la bohemia habían bebido más ponches que los de costumbre, pues ambos tambaleaban y se detenían

de cuando en cuando á mirar cómo cintilaban sobre el cielo las estrellas blancas.

Atravesamos muchas callejuelas obscuras y estrechas, pasamos frente á muchas tabernas iluminadas interiormente, y llegamos por fin á una en donde entró Mimí.

Allí cantó *le pays où fleurit l'oranger*, y bebió dos ponches.

Salió y volvimos á emprender la caminata sin rumbo á través de callejuelas y calles.

Mimí y el negro *organista* se echaron á andar muy de prisa, hasta que llegaron al extremo de Dauphine Street. Allí, frente á una puertecita verde, ambos se detuvieron y yo intenté acercarme. El negrillo y la mendiga empujaron la puertecita y yo me detuve en el dintel para contemplar aquel *home* de bohemia.

—*Fire*, dijo Toby.

—*Fire*, repitió Mimí, *put fire*.

Y se acercaron á la chimenea, en cuyo fondo brillaban dos luces redondas y fosfóricas. Ambos se sentaron en el suelo y no tardaron en dormirse. Entonces empujé la puertecita que habían olvidado cerrar con llave y penetré en el hogar de la bohemia. Llegué hasta la chimenea y ví que las luces redondas se movían; me acerqué más y mientras contemplaba en la

sombra el grupo que formaban la mendiga y Toby, llegaron hasta el regazo de Mimí las luces fosfóricas. Entonces ví muy de cerca las manchas redondas de claridad que habían dado calor á la mendiga y á su acompañante, y pude acariciar el enarcado lomo de un gatazo negro y escuálido que compartía su miseria con Mimí y que pasaba su Nochebuena en el rescoldo de una chimenea sin fuego.

LOS TRES REYES

A BERNARDO COUTO (jr.)

Carolina X...... murió en una celda del hospital de locas; Juan Reyes, su marido, se congestionó con alcohol en el patio de una comisaría, y sus tres hijos quedaron abandonados y sin amparo en el fondo de un cuarto húmedo de tercer patio.

Luisa, María y Manuel, que estos eran los nombres de pila de los tres Reyes, tenían sucesivamente: la primera, quince años; la segunda, trece, y el tercero diez, que cumplía el 24 de Diciembre.

Carolina, como se ha dicho, murió demente dos años antes que Juan, su esposo, se embriagara por la vez postrera; pero ya desde en vi-

da de Carolina y Juan, los tres Reyes salían, instigados por su padre, á limosnear á través de las calles de esta ciudad.

Los tres Reyes tenían rubios los cabellos, como Carolina, y muy negros y hundidos los ojos como Juan.

Cuando salían á limosnear, Luisa caminaba entre María y Manuel; cuando caminaban se entreabrían los harapos con que Luisa cubría su cuerpo y se miraban sus muslos blancos y delicados de mendiga virgen.

Algunas veces los tres Reyes iban á visitar á la esposa del clubman C.... y de allí salían transformados y lujosamente grotescos.

Manuel, con la mitad superior de un frac viejo del clubman, se envolvía el busto y perdía sus manos en las anchísimas mangas.

Luisa se abrigaba hasta los muslos con una *matinée* usadísima de la señora filantrópica, que también era alta y gruesa; y María ocultaba todo su cuerpo, desde el cuello hasta los pies, en un *caracol* agujereado, ex propiedad de la misma dama.

Algunos meses después de la muerte de Juan Reyes, Luisa se vió constantemente perseguida y solicitada por Concepción. Esta Concepción habitaba un zaquizamí cerca del cemen-

terio de Santa Paula; allí amontonaba diariamente las basuras y papeles viejos que juntaba en sus correrías á las casas de comercio; y por la noche, después de amontonar su mercancía, iba á visitar á la *niña Carlotita*. La *niña Carlotita* llevaba sesenta años de vida en este planeta sublunar, de los cuales quince se habían pasado agitadísimos bajo la férula paternal del cochero que la vió nacer; durante veinte vendió su cuerpo, y los veinte restantes los había empleado traficando con la carne femenina de jóvenes vencidas por la vida.

Así, pues, Concepción la trapera, á instancias de la *niña Carlotita*, perseguía á Luisa Reyes, y le ofreció diez pesos porque aceptara ir á vivir á la casa de la *niña*. Luisa aceptó, dejando á María y á Manuel herederos universales de su profesión de mendigos y de sus relaciones con la esposa obesa del clubman.

Desde que Luisa aceptó la protección de la *niña Carlotita*, se propuso también buscar protectora para María; pero hubo que esperar algunos años, teniendo en cuenta su cortísima edad, aun cuando al decir de Carlotita, no era obstáculo la edad; así fué que, un año después de Luisa, María ingresó también en las filas de las *niñas* reclutadas.

Manuel, encontrándose desamparado, vivió algunos meses sacando pañuelos y después relojes, hasta que un policía lo atrapó en la Plaza de Armas un día 24 de Diciembre, que Manuel cumplió doce años.

Esa Nochebuena la pasó Manuel Reyes en la comisaría; las otras posteriores á esa las ha pasado en el departamento de pericos en la cárcel de Belén, pues Manuel está encausado por homicidio cometido en la prisión.

Y de esa manera viven los tres Reyes en esta ciudad: Luisa y María esperando el hospital, y Manuel esperando el jurado que ha de condenarlo, seguramente, á la pena capital, ó por lo menos, á veinte años de prisión.

LA NOCHEBUENA A BORDO

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO MARINO
DON JACOBO RODRÍGUEZ TOLEDO,
2º COMANDANTE DEL CAÑONERO "INDEPENDENCIA",
DURANTE MI PERMANENCIA Á BORDO.

.....El Golfo Mexicano, infinito, desolado, inmenso.... La "Santa Elodia", blanquísima, empujada por el Noroeste, arrastrando á popa la inseparable faja de agua fosforescente..... y el firmamento profundo de las noches de Diciembre salpicado de astros cintiladores.....

Aquella Navidad fué sangrienta para los tripulantes de la barca blanca que se llamó "Santa Elodia".

Por la mañana de aquel 24 de Diciembre, atracó al costado de estribor de la barca el bote del práctico.

De las diez embarcaciones ancladas entonces en la rada de Progreso, "Santa Elodia" era la más esbelta, la más gallarda, la más blanca, la barca más bella de cuantas ví durante mis correrías locas por mar.

¡Cuánto me entristeció mirar, á la vuelta de uno de mis viajes, su casco despedazado y su sirena de proa bañándose angustiosamente entre los arrecifes que llaman en Veracruz la Lavandera....

Además del capitán y su segundo, tripulaban "Santa Elodia" tres campechanos, dos matriculados de Tampico, un grumete alvaradeño á quien decían Laugo y un albanés colosal, taciturno, encorvado ya por los rudos trabajos de treinta años de mar.

Babafingo, que así se llamaba el albanés, hablaba muy poco y muy mal el español; pero fácilmente aprendió las fatídicas palabras: *sota, caballo, rey, siete, cuatro, viejo, mozo de color.*

Aprovechando el terral que voluptuosamente balanceaba los barcos anclados, "Santa Elodia" largó sus lonas, y como gaviota inmensa que moja las puntas de sus alas, se fué per-

diendo.... alejando, bella, blanquísima, esbelta.... acercándose á la infinita línea que junta el horizonte con el mar.................
....

A la media noche, entre 23 y 24 grados latitud Norte, en un punto perdido del Golfo agitado, los tripulantes de la barca blanca celebraban su Navidad; debajo del castillo de proa, cerca del cabestante y á la claridad ambigua de un farol de cristales polvosos, cinco marineros rodeaban el círculo de luz, una baraja, un caneco de ginebra, tres botellas de wiskey, un montón de pesos y algunas monedas de oro......

En los barcos mercantes no se conocen ni la escasez ni la miseria; á bordo de esas goletas y bergantines y fragatas esbeltísimas, no se resienten las tripulaciones de las bancarrotas del Erario ni de los desfalcos gubernativos; en los bolsillos de esos marineros que no visten el uniforme de la Marina del Estado, siempre hay oro y monedas de lejanísimos países.

El capitán de "Santa Elodia" dormía en su cámara, el segundo se paseaba sobre el puente; uno de los campechanos hacía girar la rueda del timón, y Lango, el grumete alvaradeño, cuidaba que no fuese sorprendido el garito im-

provisado bajo el castillo de pros, cerca del cabestante y á la incierta claridad del farol polvoso.

Los dos matriculados de Tampico eran "puntos" malos, estaban pobres y recién embarcados; perdieron lo poco que poseían y se ocupaban en beber febrilmente, acercando á sus labios las botellas de wiskey y mirando de reojo las "libras esterlinas" de Babafingo. Un campechano de anchísima faz era el montero, y el otro campechano y el albanés jugaban fuerte.

—Caballo y rey, dijo pausadamente el montero.

El otro campechano puso diez pesos mexicanos al caballo, y Babafingo cuatro monedas de oro inglés sobre la carta que llaman rey de bastos.

—*Yo vago* (yo voy) al rey, dijo Babafingo; y tomando una botella, bebió lenta y acompasadamente hasta vaciarla.

Mientras el albanés bebió, el montero miró la carta que venía y violentamente la ocultó entre la manga de su camisa de franela; pero el movimiento no fué tan rápido para que no lo percibieran las miradas de buitre del albanés.

Su cabeza, redonda y corta, se hundía sobre sus anchísimas espaldas; sus pupilas azules,

perdidas entre las arrugas de los párpados y bajo las cejas abundantes y canosas, parecían no mirar, parecían estar empañadas por las brumas eternas de los mares boreales. Sus ojos, más bien que ojos de hombre, semejaban dos carnosidades sobre las que vegetaban pelos blancos é incultos, que cubrían dos gotas de agua turbiamente azul.

Desconfiad de esas pupilas que parecen no mirar.

Las de Babafingo habían adquirido ese nictalopismo peculiar á los bandidos y á los marineros, esa facultad de penetrar las sombras y las tinieblas; las pupilas del albanés sabían distinguir la luz de una estrella de la de un faro lejano, conocer cuál espuma es de olas y cuál de arrecifes y adivinar á la primera ojeada perspicaz lo que es tierra firme y lo que es islote árido y desolador de candente arena....

....

El albanés miró la carta oculta entre la manga de franela y la epidermis del campechano, el rey de oros que estaba á la puerta y le hacía ganar cuatro libras. Rugió de una manera extraña, juró en una lengua ignorada:

—*Charratáa Eskatamutria.....*

Juramento desconocido que Lango, el gru-

mete alvaradeño, se había hecho explicar por Babafingo, en las tardes, á la hora triste en que la luz solar desaparece de nuestro hemisferio. *Charratáa Eskatamutria*.... juramento que rara vez pronunciaba Babafingo; y cuando la mar furiosa ó el Norte destructor le hacían rugirle, se santiguaba después, y si Lango en son de burla exclamaba:

—*Charratáa Eskatamutria!*

—No lo repitas, Lango—decía el albanés—es un insulto á la Divinidad......

— *Charratáa*, rugió Babafingo, *Charratáa Eskatamutria*, y rápido, violento, feroz, despedazó la botella que tenía en la diestra sobre la cabeza del otro campechano. Cayó este, ensangrentado y aturdido, Babafingo le oprimió el pecho con la rodilla izquierda, y entonces se trabó la lucha entre el montero y el albanés. Ambos sacaron los cuchillos de entre las fajas ceñidas á la cintura. Los tres hombres formaban un grupo informe debajo del castillo de proa: Babafingo impidiendo siempre, con su pierna colosal, que se levantara el campechano herido; el albanés con el montero bajo el pecho, el montero intentando herir á Babafingo en el cuello; y el albanés, terrible, inexora-

ble, cruelísimo, apuñaleando al montero hasta dejarle inerme.

Y mientras se bailaba y se bebía y se murmuraban ternezas al oído de las damiselas elegantes y bellas en la capital de la República; mientras los sacerdotes entonaban la solemne Misa de Navidad bajo las bóvedas de los templos, allá.... cerca del trópico de Cáncer, á 23 ó 24 grados latitud Norte, en un punto perdido del Golfo Mexicano, se representó esa tragedia sencilla y vulgar: un homicidio á bordo de una barca blanca, llamada "Santa Elodia" ....por escenario la llanura del seno mexicano, llanura infinita, fosforescente, obscura; y por espectadores Lango y los tampiqueños, que miraban atónitos aquella matanza y aquel oro salpicado de rojo.

Expiró el montero sobre un charco de sangre; el campechano, herido por la botella, se quejaba lastimosamente, y el albanés colosal se levantó de sobre sus víctimas, recogió el oro ensangrentado y las barajas, limpió con la manga de su camisa de franela el sudor y la sangre que mojaban su rostro, y después de arrojar su cuchillo al agua, se acercó á Lango, le dijo que callara y le dió una moneda de oro.

Pero ya era tarde, el capitán y el segundo

estaban á proa y miraban alternativamente el cadáver, al herido y al homicida.

El albanés se puso á temblar y se echó á los pies del segundo.

—¡Los grilletes! ordenó impasible el capitán, ¡los grilletes y á la cala hasta llegar á Nueva Orleans!

Los tampiqueños cerraron los grilletes á los pies de Babafingo, le ataron las manos y le bajaron á la cala.

Después sacaron un *Foque* (1) del *pañol* de velas viejas, y Lango, tomando la aguja, la cera y el *rempujo*, amortajó al muerto en la lona que había salpicado el mar.

Iban á ser las cuatro de la madrugada; un tampiqueño fué al timón á relevar al otro de Campeche, y mientras llegaba la luz solar, y mientras el sol amarillo, volvía del hemisferio opuesto, Lango, un tampiqueño, el campechano herido, con la frente vendada, y el timonel que salía de guardia, rodearon el cadáver amortajado con la lona de la vela triangular del bauprés...... y como son muy frías las noches de Diciembre en el Golfo, entre 24 y 26 grados, durante el velorio se vaciaron las botellas de wiskey y el caneco de Ginebra.

(1) Pequeña vela triangular.

Y el albanés rugía en la cala, sollozaba, blasfemaba en su lengua enérgica y extraña.

—*Charratáa Eskatamutria*......

Salió el sol, impasible, redondo, amarillo. Se levantó el acta, que firmaron los tripulantes que sabían escribir; se ató un lingote al cadáver amortajado en la vela......y, *dándole vuelo*, haciendo un impulso Lango y un tampiqueño, arrojaron el muerto á la mar; lejos, para que las olas no lo golpearan contra el costado de la barca.

Y en la cala, Babafingo, rugía, blasfemaba en su extraña lengua.

—¡*Charratáa!* ¡*Charratáa Eskatamutria!*

Por la tarde se dislocaron sobre el extenso cielo azul innumerables nubes, semejantes á duendes y esqueletos colosales que mistifican á los humanos con imposibles contorsiones.

Y cuando el sol empañó su círculo debajo de la infinita línea que junta el firmamento con el mar, se desató el gemido del Norte, prolongado y ensordecedor, hasta que la "Santa Elodia" entró al Mississippí.

El albanés fué juzgado por las autoridades de Nueva Orleans y condenado á 20 años de "Baton-Rouge".

Allí vive; allí extingue su condena, allí pien-

sa en sus hijos, que pescan el bacalao en los bancos de Terranova; en sus hijos, á quienes no volverá á ver......

*
* *

—Así pasamos aquella Nochebuena á bordo de la barca blanca que tanto te gustaba, me decía Lango una tarde que bebíamos *mint juleps* en el café de la Paloma.

Seguimos sorbiendo el aromático brevaje á través de las pajitas huecas; salimos del café, pasamos Pescadería; al llegar detrás de la Comandancia, nos detuvimos cerca del mar y sin hablarnos, sin decirnos palabra alguna, nos detuvimos á mirar la línea de peñascos que llaman la Lavandera y el casco blanco de la "Santa Elodia" apenas perceptible.... la sirena de proa bañándose angustiosamente entre la espuma de las olas que se despedazan contra los arrecifes.

COSTUMBRES MEXICANAS

POSADAS Y NAVIDAD

Sentadas frente al piano Pleyel, Lola y cuatro amigas íntimas ensayaban la tarde de un 18 de Diciembre las letanías de la Virgen Madre.

Aquella noche iba á ser la tercera de posadas; le tocaba á Lola, es decir, al Coronel, padre de la joven morena que se hallaba sentada frente al piano y que se había empeñado en lucirse en el canto.

Las dos primeras noches las posadas fueron de muchachos, y solamente los niños y niñas hijos del Coronel dieron lucimiento á la posa-

da. Las dos noches anteriores los muchachos habían cantado el *Sancta María* y el *Virgo Virginum*, llevando en procesión tres esculturas en cera, muy defectuosas y pequeñas, que representaban al casto Patriarca, vestido con túnica verde y amarilla capa, á su santa esposa sentada sobre un asno y á un ángel que lo conducía.

Aquel grupo en cera lo compraron los hermanos menores de la primogénita del Coronel el 16 de Diciembre por la tarde en una de tantas barracas como se levantan todos los años en los días que preceden al de Navidad, en derredor de la plaza principal de la ciudad de México.

En una de las barracas formadas con madera y lona muy blanca, se compraron también las ramas frescas de ciprés y el heno para adornar el altar que servirá á los santos peregrinos durante los nueve días de posadas.

Además de los confitillos, los cestos de papel y los *cacahuates*, los muchachos compraron la piñata, que consistía en un cántaro cubierto con papel de colores, figurando una bruja montada sobre una escoba.

Con las frutas llenóse la piñata, y antes de las 7 de la noche los hermanos de Lola colga-

ron el cántaro-bruja en la entrada del comedor y se comenzó la posada.

Después, los muchachos de casa y los invitados recorrieron los corredores y el interior de la morada del Coronel, llevando en andas á los peregrinos y cantando: *Sancta María, Sancta Virgo Virginum;* y el coro contestaba, cantando también: *Ora pro nobis.*

Luego, algunos que llevaban bujías de colores para alumbrar á los peregrinos, entraron al comedor; y los otros, los que cargaban á los santos, quedáronse en la pieza contigua para pedir la posada. Estos últimos, cantaron así frente á la puerta cerrada: *Quién les da posada á estos peregrinos—Que vienen cansados de andar los caminos.* Los del comedor contestaron negando la posada; pero á instancias de los primeros, los segundos ceden, se abre la puerta, se vitorea á los santos peregrinos y se les coloca en su altar. Después, los muchachos se fueron vendando los ojos uno á uno, hasta que el más afortunado rompió la piñata y todos en grupo se arrojaron al suelo á recoger las frutas que caían del cántaro. Por último, repartiéronse entre los invitados los cestitos de papel con confitillos, y á las 10 todo el mundo dormía en la casa del Coronel.

Así como la primera, fué también la segunda noche; pero á la tercera, Lola, entusiasmada, se encargó de dar mayor brillo á las posadas. Como ella era la hija mayor y casi la madre de aquella familia, pues el Coronel había enviudado desde hacía largo tiempo, era la consentida, y fácilmente obtuvo de su padre que hubiese baile desde esa tercera noche, ó lo que es lo mismo, que las posadas fuesen *formales*, para lo cual vendrían todas sus amigas y los jóvenes á quienes ellas invitaran.

Por eso la tarde del 18 de Diciembre, Lola y sus amigas ensayaban frente al piano las letanías de María Santísima.

Sobre la mesa del comedor había botellas de cognac, de jerez y de champagne de la viuda; había también una lata de te para los ponches y trescientos pasteles encargados á una pastelería francesa. Cuando se levantaron de frente al piano, Lola propuso á sus amigas ir á la Plaza Principal para comprar la *colación*.

El amarillento sol de Diciembre había desaparecido bajo la línea de montañas que circunda el Valle, y el cielo transparente del invierno en las zonas templadas comenzaba á obscurecerse ya, cuando la joven morena y sus amigas llegaron á la Plaza Principal.

Los argentados fulgores de los focos eléctricos y las lámparas amarillentas de las barracas, alumbraban el gozo de aquella multitud compacta y complexa.

En aquel invierno estuvieron muy de moda las pelerinas de *cachemir*, y junto á esas elegantes capitas, llevadas por las muchachas de la *burguesía* pudiente, veíanse los chales negros de las costurerillas y los rebozos de las sirvientas y muchachas pobres. Los vendedores voceaban á gritos su mercancía; en las barracas se veía la *colación* formando pirámides blancas y rosadas, en el suelo había también pirámides de naranjas y otras frutas de la estación, y frente á esas pirámides, fogatas de madera resinosa.... y sobre todas las barracas, sobre toda aquella multitud complexa flotaba como un ambiente exuberante de vida, de alegría, de excitación, de deseos y de verbena popular, en fin.

La tercera noche de posadas se rezó y cantó rápidamente, y rápidamente también se pidió la posada; pero en cambio, desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada se bailó con entusiasmo.

Al despedirse, los invitados se repartieron entre ellos los gastos de las seis noches restan-

tes; cada amigo se hizo cargo de una y se convino en que la Nochebuena le tocara al Coronel y que se bailara hasta el amanecer.

Ya desde la cuarta noche casi todas las muchachas tenían su *oso*, es decir, su galán que las cortejaba, porque en el resto del año no es muy fácil hablar á solas con ellas; y durante el vértigo de los valses, en el balanceamiento de los schottisch, ó en el voluptuoso descanso de las danzas, ellos se inclinaban á los oídos de ellas, que se sonrojaban ó sonreían.

***

Llegó el 24 de Diciembre y, desde por la tarde, Lola estuvo disponiendo los mariscos y la ensalada para la cena de media noche.

Antes del obscurecer, ella, sus hermanos y sus sirvientas, salieron á comprar las *piñatas* y la *colación*. Aquella tarde, la Plaza Principal de México, con sus barracas y su inmenso gentío, exhalaba alegría extrema. Sobre el transparente firmamento azul, apenas corrían celajes que matizaban á intermitencias los fulgores postreros del sol occidental, y cuando la hija del Coronel con sus hermanos y criadas volvió á su casa, ya los astros de las constelaciones visibles en las zonas templadas, cintilaban argentinamente sobre el cielo.

Dos horas antes de media noche, la campana mayor de la iglesia Catedral y las de muchos otros templos, llamaban á misa del gallo; por las calles, innumerables grupos de trasnochadores bebían y cantaban al son de sus guitarras; en derredor de la Plaza Mayor seguía el bullicio atronador de compradores y de vendimieros, y sobre el cielo profundamente transparente de las noches invernales, brillaban cerca del occidente las siete estrellas resplandecientes de Orión, mientras que por el levante se asomaban las tardías constelaciones australes. Pero todos los astros, tanto los de primera como los de tercera magnitud, cintilaban argentinamente como diamantes amarillentos cuyas temblorosas facetas acaricia la luz.

Entretanto, en la casa del Coronel se acababan los preparativos para la cena y para el *Nacimiento*. En el fondo del salón habían colocado los muchachos una mesa, y con cajas de cartón formaron una gradería que cubrieron con heno. Allí iba á estar el *Nacimiento* exhalando aroma de ramas frescas y de musgo, ostentando en la grada más alta un portal de cartón bajo el que se hallaban arrodillados los excelsos padres del Niño-Redentor. A las once y media se sirvió la cena, y con ella la tradi-

cional ensalada teñida carmíneamente con el zumo de la remolacha. Cuando sonó la media noche, se arrulló al Niño-Dios y se le colocó en el *Nacimiento*, mientras temblaban sobre el límite occidental del cielo, los tres astros que forman el *tahalí*, y por el Norte, los siete mundos tembladores de la Osa Mayor despedían reflejos blancos.

A la una de la madrugada comenzó el baile; Lolita y su *oso*, lo mismo que sus amigas y sus galanes, se tuteaban ya, y se citaban para el baile de compadres el próximo 6 de Enero.

Cuando llegó la luz de Navidad, ellos abrigados hasta el cuello, ofrecieron sus brazos á ellas, que escondían sus interesantes cabecitas entre la nutria de los mantones y de las pelerinas. Ellos estaban somnolientos, pálidos; algunos, antes de salir, buscaron en el comedor alguna olvidada botella de Rœderer. Ellas, con las mejillas coloreadas por la fatiga del baile y las brillantes pupilas hundidas entre sombras negruzcas, salieron apoyadas en los brazos de sus acompañantes para seguir después su peregrinación en la vida, quizá muy larga, quizá cortísima: quizá la Navidad próxima muchos estarían sepultados y olvidados.

Y mientras, el tardío sol amarillento de Di-

ciembre comenzó á lanzar perezosamente sus resplandores desde el espléndido y eterno azul del cielo mexicano.... eterno, sí, porque hasta en los días más crudos del invierno, la Capital de México conserva visible su colosal cinturón de montañas azules y su esplendente firmamento azul también.

Escrito para "La Ilustración Artística" de Barcelona, Diciembre de 1892.

SIDERAL

(DE UN DIARIO ÍNTIMO)

A FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.

Media noche, Diciembre 24 *de* 189....

"Hasta mi cuartucho miserable, semejante á celda carmelitana, llegan las destempladas voces de las vecinas que cantan y los gritos de los trasnochadores ebrios que lanzan sus vociferaciones al transparente cielo invernal.

"Hasta el alféizar desvencijado de mi ventana llegan también los aullidos de las vende-

doras de la plaza cercana y la incesante gritería de los pilletes.

"Y ni la gritería, el bullicio ni los destemplados cantos, ahuyentarán de mi celda la pavorosa soledad que abruma mi fatigado espíritu. ¡Ah! ¡Si pudieran venir aquellos que pasaron conmigo navidades hundidas en el abismo de lo perdido; si pudieran venir á poblar esta celda fría y arrojar de ella ese aterrador fantasma que llaman la soledad!

"Pero ninguno vendrá, todos están olvidados, muertos, ausentes....

"Los vecinos ebrios siguen vociferando, las viejas y los niños lanzando aullidos al firmamento invernal.

"Y fatigado de aislamiento, abro mi ventana para mirar cómo tiemblan los mundos en la transparente profundidad del infinito.

"Más allá del cenit, caminando al ocaso, está Orión el gigante, la constelación amada, visible en todos los países de la tierra, la constelación querida, que por doquiera nos cubre con su enorme rectángulo de astros brillantes.

"En lugares lejanos de vuestro hogar, cuando la nostalgia se exacerbe, buscad Rígel sobre el firmamento, sonreid con Adahel y con-

las tres estrellas del tahalí que miran desde el espacio vuestra patria.

"Alpha del Carro tiembla blancamente sobre las tinieblas siderales; y la polar, semejante á pupila empañada y lacrimosa, cintila débil por el Norte.

"Desde el triángulo de Casiopea, se desprende una estrella errante que va á hundirse en los abismos cósmicos australes.

"La gritería y los cantos disminuyeron ya; se escucha el aullido lejano de un perro, como prolongado sollozo de alma en pena, y rozando las vidrieras apolilladas de la ventana, grazna fúnebremente un buho....

"¿Por qué no puedo, como los trasnochadores que gritaban, sofocar mis penas? ¡Ah! La novela de mi alma no es tan divertida como los cuentos de hadas, no es ni siquiera sensacional; es monótona, vulgar, insípida. ¡Y desear la muerte para descansar! ¡Vamos, qué locura! ¡Como si la vida misma no se encargara de cerrarnos las sangrientas heridas que abre en nuestra alma!

"¡Como si tuvieran alguna importancia los sufrimientos y las miserias humanas cuando se miran desde la vertiginosa cima de lo Infinito! ¡Como si el dolor ó la muerte de un ser

modificaran en algo la inmutable marcha del Universo!

"¡Como si la desesperada angustia de un espíritu pudiera conmover á la Desconocida Fuerza que nos empuja al mundo....!

"Pero cuánto consuela durante los abrumadores inviernos del alma, buscar abrigo en las existencias astrales, pedir calor á los mundos cintiladores que nos miran sufrir desde la inmensa bóveda obscura del firmamento. Y por un instante siquiera, dejar de escuchar los gritos de los trasnochadores ebrios y las destempladas voces de las vecinas somnolientas.... y por un instante también dejar de sentir el frío mortal de los muertos, que vienen á pasar la Navidad junto á vos, para sentir la caricia consoladora de los soles siderales inmutables y eternos......

***

"¿Arrancaré y convertiré en cenizas estas hojas, á través de las cuales se trasluce la raquítica desnudez de mi alma?

"¡No!

"Las ataré, sí, para conservarlas con otras que forman el osario de mis sensaciones y de mis ideas....

"Y queriendo atar estas hojas, busqué una

cinta, y encontré una que descoloró el tiempo, una que fué rosada y que sirvió una Navidad también, para formar un lazo con ella en el aguinaldo ofrecido á una mujer que hoy celebra su Navidad con los gusanos blancos que viven en los ataúdes"....

Diciembre de 1891.

NO "SLEEPING-CAR"

A JOSÉ P. RIVERA.

Il ètait mort mort, mort.—COMTE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM.

El día anterior, los cinco carros dormitorios de que disponía la empresa, habían partido en un gran tren extraordinario especial, y por eso el negrazo conductor dijo con insolente voz á los cuatro pasajeros de primera, alumbrándoles la faz con su linterna roja:

—¡No *sleeping-car!*

La estación, bañada con claridades eléctricas, manchaba de amarillenta luz la inmensa llanura negra, en donde se acumulaban las tinieblas nocturnas.

La caldera del tren que iba á partir, respiraba por las válvulas de escape, y en la desolada inmensidad de la estación, sólo los cuatro pasajeros y el negro conductor reflejaban sus siluetas sobre el asfalto del pavimento. Allá, en la tenebrosa planicie que se extendía fuera del espacio alumbrado por los focos de luz, se miraban á intervalos moles irregulares y negras, más negras que la llanura y que destacaban sus obscurísimos perfiles sobre el fondo de la extensión llena de sombras. Aquellas moles irregulares, eran locomotoras en reposición que semejaban colosales sapos negros, grúas enormes que, como salamandras inmensas, levantaban al espacio el engranaje de sus cadenas, ó furgones y coches esparcidos como cajas monstruosas sobre la ilimitada obscuridad del campo.

***

Sonaron las ocho. De los cuarteles vecinos se escapó el toque de retreta, que fué á perderse en el aire con el eco del quejumbroso silbido de la locomotora. El tren se movió y los cuatro pasajeros se instalaron en el coche de primera á falta de *sleeping-car*.

En el ángulo cercano á una lámpara, instalóse el primero que entró al coche; era éste (el

pasajero) un clérigo alto, escueto, de angulosa faz, sobre cuyos apagados ojos brillaban los cristales de unas antiparras. Se desasió del manteo, y abriendo el breviario, púsose á rezar vísperas y maitines. Murmuraba en voz alta: *Domine labia mea aperies*, se santiguó los delgadísimos labios y en seguida dejó que vinieran atropellándose los versículos del salterio á su balbuciente boca. A veces levantaba sobre los cristales de sus antiparras, las turbias pupilas para mirar á sus compañeros de viaje. El que se hallaba frente á él, era un rubio obeso, de mejillas muy rojas, vestido con largo gabán y y llevando al costado un saco amarillo con correas negras.

Desde la llegada á la estación, el rubio había mirado con impertinencia suma á la pareja que completaba el cuarteto de pasajeros. La pareja debía estar recientemente unida por el séptimo sacramento, pues ni siquiera se apercibían de la presencia del presbítero ni de la del rubio obeso.

Este último tambaleaba mucho al entrar en el coche y pronto se quedó profundamente dormido, arrullado quizá por el monótono desfile de versículos que salían atropellándose de los labios delgadísimos del clérigo.

⁂

La pareja de recién casados se instaló en el ángulo opuesto, y aunque ambos parecían no haberse apercibido de la presencia del clérigo ni de la del rubio obeso, *ella* había temblado bajo la bata de seda cruda que cubría su cuerpo desde el cuello mórbido hasta los piecesitos calzados con choclos de lona. *Ella* sí reconoció en el rubio ebrio á su ex novio, el desdeñado, el que, según díceres de sus amigas, bebía para olvidar los desdenes recibidos.

Ella sí, temblorosa por su felicidad, escondió la cabeza en el seno del esposo, cerró los ojos para ni siquiera mirar á su ex novio y abandonó su espíritu á la vertiginosa carrera del tren. El esposo, solícito, la cubrió cariñosamente con un poncho, se reclinó de manera que *ella* pudiera descansar la cabeza en su pecho como en almohada palpitante, y mientras *ella* dormía, *él* se puso á contemplar á través de los cristales del coche la llanura cargada de tinieblas, los árboles, que como monjes altísimos y encapuchados desfilaban rápidamente, y los mundos que temblaban á intermitencias sobre el inmenso firmamento.

El rubio obeso había echado la cabeza hacia atrás y roncaba profundamente, interrumpién-

dose á ratos por accesos de los que venían á amoratarle la faz y á hacer fatigosa su respiración.

El clérigo, entonces suspendía su rezo y murmuraba santiguándose: *Ab omne malo, ab omni peccato libera me, libera me Domini.* Después se golpeaba tres veces el pecho y proseguía leyendo su breviario.

Antes de rezar maitines, sacó galletas inglesas y queso de Gruyère de una gran bolsa de seda roja con cordones verdes; comió en silencio, se limpió cuidadosamente los dientes con un alfiler y prosiguió su rezo, que concluyó al cabo de veinte minutos, murmurando como si descansara de un gran peso:

Dominus dei nobis suam pacem
Et vitam aeternam—Amén.

Luego se quitó las antiparras, y arrebujándose en el manteo, se abandonó á dormir.

***

Entre tanto, el tren volaba á través de llanuras, y bosques y montañas taladradas. Los cuatro pasajeros dormían, y las lámparas del coche les alumbraban con esos fulgores trágicos que da la luz artificial á los rostros de los que duermen; pero repentinamente, el rubio se levantó del asiento, se le amorató la faz, abrió

desmesuradamente los ojos, intentó gritar, volvió á caer sobre el asiento como herido por una chispa eléctrica y sólo pudo asir con la mano derecha el manteo del presbítero. Entreabrió éste los somnolientos párpados, y al mirar la espantosa fisonomía del rubio congestionado, se santiguó: *et ne nos inducas in tentationem*, dijo á media voz. Volvió á arrebujarse en el manteo y cerró los párpados, que apenas había entreabierto para mirar la faz aterradora del congestionado. Este soltó el manteo, dejó caer la cabeza y los brazos hacia atrás y por su rostro comenzó á correr un sudor glacial que empapó el respaldo del asiento.

***

Sólo la estentórea respiración de la caldera turbó el profundísimo silencio del camino. En el interior del coche de primera, apenas se percibía que respiraban los recién casados y el clérigo; y las lámparas detenían sus trágicos fulgores amarillentos sobre la descompuesta faz del rubio.

***

Al amanecer, cuando el tren se detuvo en el punto de llegada, el negro conductor se acercó al rubio recargado sobre el respaldo del asien-

to. Le asió ambos brazos, le sacudió fuertemente y dijo al clérigo encarándosele:

—*He is dead! oh yes! he is dead!*

El presbítero contestó santiguándose:

—*Libera me Domine.*

Y la recién casada, temblorosa, asida al brazo de su esposo, apartó los ojos de la faz amoratada de su ex novio.

LA NAVIDAD DE UN SASTRE

AL SR. LIC. ENRIQUE PÉREZ RUBIO.

L'hiver, ce vieux fiancé
Des phtisiques....!

J. Richepin.—Chanson des gueux.

—*Nous ferons notre rêveillon ensemble, veux tu?*—me preguntó Mr. Longrois un 20 de Diciembre al despedirse de mí en el muelle de Canal-Street.

Faire le rêveillon ensemble, quiere decir cenar juntos la Nochebuena, y esto era lo que Mr. Longrois me preguntaba aquella tarde del 20 de Diciembre, que yo volvía á bordo de un cañonero mexicano, anclado en el Missippí y que él regresaba á su almacén de ropa hecha, si-

tuado en una calle adyacente á Splanade-Street.

Hacía veinticinco años que Mr. Longrois habitaba en Nueva Orleans; había nacido en México, era de origen francés. Su padre, un normando industrial, le envió á educarse á Rouen y á su muerte, Mr. Longrois volvió á la capital de esta República; pero muy pronto, los asuntos de herencia le hicieron regresar á Francia. Después de una larga estancia en Rouen, estuvo en París, donde contrajo matrimonio con una perfumista rubia llamada Henrriette.

Estos éran todos los antecedentes que un amigo indiscreto de Mr. Longrois me había dado referentes á él.

Yo le conocí accidentalmente en un café cantante; me oyó hablar español, oyó que mis compañeros me daban un nombre francés y desde entonces las tardes de *francos*, siempre que la marinería del cañonero mexicano anclado en el Mississippí se dispersaba por las calles de la capital de la Luisiana, Mr. Longrois me buscaba para que yo le diera informes y periódicos de México. En cambio, el me hacía descripciones detalladas de París y de Rouen, esa ciudad de Normandía, en donde nació aquel que me dió su nombre.

⁂

Durante el invierno, no siempre está el cielo de Nueva Orleans tan espléndidamente azul, como el que cubre todo el magnífico valle mexicano, y aquel 24 de Diciembre, el humo de las fábricas y de los *ferrys* y el color plomizo del firmamento, daban un tinte de infinita tristeza crepuscular á la ciudad que riega el Mississipí.

Mr. Longrois ocupaba en Splanade-Street, una casita cercada por un jardín con verja de hierro, una casita aislada, coquetísima y confortable, una de esas casitas que sueñan todos los artistas, y que al decir de Daudet, sólo realizan los tenderos y los sastres.

Una negra vieja cocinaba y se encargaba de mantener el *confort* de aquella mansión. La Nochebuena aquella, hubo dos cubiertos en la mesa del comedor, y después de la cena, la vieja trajo dos vasos y una ponchera de *baccarat*, de donde se escapaban llamaradas fosfóricas que hacían más relumbrantes las pupilas de la negra. Después del primer vaso de ponche, Mr. Longrois suspiró, y fijando sus ojos en el vacío, murmuró como si hablara solo:

—Hoy hace justamente veinte años....

—Veinte años de qué? le pregunté.

—De aquella *Nochebuena* trágica, contestó. Y como si todos sus recuerdos evocados vinieran á desfilar frente á las llamaradas intermitentes que salían de la ponchera, Mr. Longrois, recargando la barba entre ambas manos, se puso á relatarme el drama de su existencia.

—Hace veinte años, me dijo, estaba yo en México. Hacía cuatro que me había divorciado de Enriqueta; supe que era adúltera y ahogué mi pasión para rehabilitar mi honor. Aquella Nochebuena me salí de un baile á las tres de la madrugada, sin haber conseguido calentar con alcohol y con bullicio mi alma helada, glacial como la noche que envolvía la ciudad donde usted nació. Recordé al encontrarme en la calle todas mis navidades pasadas: las de niño, en mi hogar; las de joven, en París ó en Rouen; por último, las cuatro navidades que pasé casado. Esas habían sido las más bellas, á no dudarlo. Las peores, las más vacías de recuerdos, eran las de viudo voluntario; las pasadas en el café, en el billar, en el círculo, ó en algún salón bebiendo y galanteando....

Recordaba mis navidades tristemente, envidiando á los trasnochadores ebrios que cantaban al son de sus guitarras, cuando la tos de una mujer que venía tras de mí, me hizo dete-

nerme. Venía cubierta con un largo mantón y tenía la cabeza envuelta hasta los ojos. Solo se podía saber que tenía buen talle y relampagueantes pupilas; yo también iba abrigado casi hasta la frente.

Olvidé mis tristezas, hice á un lado mis estúpidos recuerdos é invité á la noctámbula á visitar mi habitación de soltero.

Durante el trayecto, mi acompañaute tosió mucho; tosía angustiosa, secamente, con desesperado esfuerzo. A veces se fatigaba y nos deteníamos para que descansara.

—¿Estás enferma? le pregunté.

—Mucho, contestó; muy enferma.

Llegamos á mi habitación, se quitó el mantón, se descubrió el rostro y yo sentí quedarme petrificado.

—¡Enriqueta! grité. ¡Miserable, miserable, miserable....! Y tres veces le escupí el adjetivo soez con que se nombra á las que venden sus caricias.

Enriqueta apenas se inmutó; estaba lívida, seguía tosiendo y sus ojos brillantísimos, hundidos en las cuencas de su cadavérica faz, relampagueaban.

—Perdón, murmuró cuando dejó de toser, perdóname.... perdón.

La ví tan bella, que olvidé todo y me acerqué á besarla.

—Perdóname, repitió, ¿me perdonas?

Sus pupilas se empaparon y yo acerqué mis labios á sus ojos; pero la tos no la dejaba hablar.

—Estás muy enferma, dije.—Mucho, contestó.—Y sobre sus labios pálidos se dibujó una sonrisa melancólica.

Luego, mientras yo intentaba abrigarle el pecho, ví que los ojos parecían saltársele, que las mejillas se le manchaban de tintes violáceos y los labios con sangre, y me pareció oírla hablar; pero adiviné que su voz se extinguía.

Intentó levantarse del sillón en que estaba sentada, cruzó sus brazos en derredor de mi cuello, se puso en pie y una oleada de sangre que arrojó por la boca le arrebató la existencia.

***

Mr. Longrois se cubrió los ojos para que no viera yo sus lágrimas; pero á los fosforescentes reflejos que salían en llamaradas de la ponchera, me quedé contemplando aquel viejo soñador, que todavía sollozaba al recordar sus ilusiones deshojadas, y sentí envidia al mirar

que después de veinte navidades, aún tenía llanto aquel amador envejecido, cuando el recuerdo de la amada muerta venía á turbarle los sentidos.

¡ALLA....!

En las tibias mañanas del invierno veracruzano, cuando las blancas *arribeñas* contemplan desde la playa ó desde el muelle, colosales trasatlánticos fondeados en la bahía, y entre ellos un cañonero raquítico, que apenas levanta su arboladura unos cuantos metros de la superficie del mar.... ellas, las *arribeñas* delicadas y elegantes, no se imaginan, no, que en aquella embarcación frágil, de chimenea amarilla, hayan pasado dramas terribles, tragedias ignoradas, perdidas allá.... en pleno Golfo, sin más testigos que el firmamento anchísimo y la mar furiosa.

¡Oh! A primera vista, qué imponentes son los *paquebots* de la Mala Real Inglesa ó de la *Com-*

pagnie Générale Trasatlantique; pero á bordo de esos barcos ¿qué puede haber acontecido? El principio de un adulterio continuado en alguna capital europea, los preliminares de uu matrimonio, el arreglo de brillantes negocios á la muerte de un industrial, banquero cónsul, etc.

Las clases privilegiadas, los industriales, los comerciantes ricos, los políticos y diplomáticos que viajan, tienen el *privilegio* de fastidiarse lo mismo á bordo del "Saint Germain" que en un palco de la Opera, ó en un entierro oficial. Están muy posesionados de sí mismos y de sus ambiciones, para que les interese el mar ó el dolor de esos seres semi primitivos que forman la tripulación de proa. Les preocupa más el alza ó baja del cambio y los trastornos europeos, que los acontecimientos, banales también, pero desgarradores con frecuencia, que tienen lugar allá.... entre los humildes, entre la gente de mar, entre los pobres marineros.

***

¡No, seguramente no! Las *arribeñas* blancas que desde el muelle miren al cañonero reflejar en la tersura verde de la bahía veracruzana, su reluciente bauprés y la dorada sirena de proa, como astro amarillo que se mira en la mar; no pensarán que en esa embarcación pequeña, so-

segada y frágil, que mecida por el agua balancea, hayan pasado dramas terribles, atestiguados entre los paralelos 20 y 30, por el anchísimo cielo y por la mar furiosa....

*
* *

Cuantos le conocieron á bordo y le conocen en tierra, le aman.

Su voz consuela como caricia de ausente, y la melancólica sonrisa sin concluir que vaga por sus labios, parece simbolizar la inquietud eterna del que desea eternamente otro cielo, otra tierra, otra playa fugitiva sin querer partir jamás.

Entonces, en 188.... él, el de la sonrisa no acabada mandaba el cañonero; era Noviembre, y las *arribeñas* que en ese mes comienzan á abastecerse de felpas, de boas y de mitenes de pieles para el invierno, no se imaginan tampoco, que en ese mes también comienza á recorrer el Golfo un mónstruo aterrador y formidable: ¡el Norte!

*
* *

Muy cerca del paralelo veintitrés, á los quince ó veinte días del mes de Noviembre, una noche negrísima en que sólo las salpicantes claridades fosfóricas del mar, manchaban de fugiti-

va luz el vacío infinito, el cañonero *capeaba* un *noroestazo.*

La mar es bella, traidora y mentirosa como la mujer. Esta, cuando os traiciona, os acaricia los cabellos y os besa los ojos para que vuestras miradas no penetren hasta su corazón infiel; aquélla, horas antes de traicionaros, también aparece tranquila, murmuradora apenas y reflejando un firmamento limpísimo, salpicado de *stratus* blancos.

***

Al toque de diana se habían encendido los fuegos y levado las anclas. Entre los tripulantes había dos hermanos: Valentín y José; y entre los oficiales de infantería que iban con destino á otro puerto, uno taciturno, moreno y de miradas sombrías.

Habló lo rigurosamente necesario á la hora del almuerzo, y desde las once de la mañana hasta la hora de comer, no cesó de pasearse á lo largo de la cubierta, fijando alternativamente sus miradas inquietas en el Golfo sin fin, en el cielo infinito ó en algún marinero que junto á él pasaba.

Sus compañeros apenas le conocían, y los oficiales de á bordo, al verlo tan sombrío, no intentaban familiarizarse con su hipocondría.

Llegó terrible el temporal; llegó con torrentes de agua, que semejaban llamaradas líquidas y sangrientas, cuando los relámpagos incendiaban el cielo, el agua y el aire.

A media noche, sólo la salpicante claridad fosfórica del mar manchaba de fugitiva luz el vacío infinito. Tres horas había durado el chubasco, y el comandante de la sonrisa sin concluir, mandó formar la gente para fortalecerla con alcohol.

Se pasó lista y faltaban Valentín y José. Se les buscó por todas partes, y cuando ya se les creía perdidos, un relámpago postrero que se alejaba por el sur con los nubarrones negrísimos, alumbró sobre el castillo de proa, y en un charco de sangre, á un grupo de dos hombres que luchaban. El Norte, con su estruendo, sofocaba sus injurias; la mar, rugiente, apagaba sus insultos, y el tenebroso ambiente los envolvía de sombras.

La gente se acercó con las linternas, y entre su vacilante claridad y la fugitiva luz de los relámpagos que huían tras la tormenta, todos miraron al hermano de Valentín que intentaba desasirse de entre los brazos del oficial sombrío.

—Mi comandante—gritó el marinero—este

hombre está loco; dice que soy su querida y quiere arrojarme al mar, después de haber arrojado á mi hermano.

Cuatro hombres detuvieron al demente militar, y los postreros fulgores de fugitivos relámpagos le alumbraron la ensangrentada faz, el uniforme despedazado y la espada rota.

Sus pupilas sombrías lanzaban siniestras llamaradas, y entre el estruendo del viento apenas se escuchaban fragmentos de su delirio.

—¡Miserable!—rugía con voz enronquecida—á sablazos destrozaré tu seno y en pedazos, chorreando sangre, arrojaré á las tintoreras y á las toninas tu carne perfumada é impura para que no venga más á turbar la tranquilidad de mi sueño.

H. Veracruz, Diciembre de 1890.

DEL MISMO AUTOR

María del Consuelo.................. 25 cs.
Calvario (*Memorias de una exclaustrada*)............................... 50 „

PROXIMAMENTE

La Leyenda de Santa Serafina, Virgen, Fundadora.

EN PREPARACION

Veinte meses á bordo y
Lola (*Memorias de un escritor pobre*)